

Entrevistas

ENTREVISTA CON JIMENA MENENDEZ-PIDAL *

—¿Cuál fue, a su juicio, el papel desempeñado por la Institución en la recepción e implantación en nuestro país de innovaciones pedagógicas?

—Una parte, sin duda, era recepción de todo lo que en Europa se iba descubriendo e implantando, pero una muy gran parte era que allí se vivían vocaciones y un arte que sabía elaborar sobre lo captado, creador a su vez, al contacto con el discípulo, en ansia de comprenderle y ser comprendido.

El «papel» desempeñado, si así hubiese que llamarlo, fue el de su hacer con fe, sin propósito de proselitismo y mucho menos de dogmatismos ni consignas. Pero, en verdad, no había voluntad de desempeñar ningún papel, ni existía papel alguno. Existía semilla que, soterrada, esperaba el laboreo para dar fruto.

—En el programa de la Institución Libre de Enseñanza se insistía en que su objetivo era «educar» a sus alumnos, «despertar el interés de sus alumnos hacia una amplia cultura general múltiplemente orientada». La Institución «tiende a prepararlos (a sus alumnos) para ser en su día médicos, ingenieros, industriales..., pero sobre eso, y antes que todo eso, hombres, personas capaces de concebir un ideal, de gobernar con sustantividad su propia vida y de producirla mediante el armonioso consorcio de todas sus facultades». ¿Con qué talante y bajo qué concepciones pedagógicas se enfrentó la Institución a este objetivo? ¿Cuál era el espíritu educativo reinante en la misma?

—«Pero sobre eso, y antes de todo eso, hombres.» Ese era su hacer con fe: ser artesanos en un modelar hombres; de nuevo puedo decir sin dogmatismos ni consignas, pero con ese trasvasar el espíritu del artista a la materia que tiene entre sus manos.

«Yo oro ni plata no te la puedo dar, pero te doy todo lo que poseo», pon tú ahí también tu haber: tus potencias, tus amores, tus capacidades; hoy son de niño, pero mañana, cuando médico, cuando ingeniero, habrás aprendido a ofrecerte a los otros con ese espíritu. En algo positivo serás reformador.

—Los hombres de la Institución, conscientes de las múltiples deficiencias del sistema educativo español, llamaron, en especial, la atención sobre la falta de un profesorado específicamente preparado. Sin una reforma del mismo, la simple abundancia de medios materiales no podría dar sus frutos. ¿Cómo reclutó la Institución su propio profesorado? ¿De qué forma inspiró en el mismo el espíritu educativo que pretendía implantar?

* Antigua alumna de la Institución Libre de Enseñanza.

—El día que el profesor se considere «reclutado» sólo verá su quehacer como una carga de obligaciones, y sólo soportables porque el contrato de reclutamiento le asegura un derecho de permanencia por su parte. Entonces no habría ya por qué hablar de «espíritu educativo».

Así como a una familia se acercan en amistad los que sienten con ella concordancia, el espíritu de una institución es el que atrae a las personas por un deseo de compartirlo; luego, será en el laborar de cada hora cuando el arte de hacer se les irá comunicando: ahí la trasmisión del «espíritu educativo».

Desde luego una de las convicciones que calaban hondo en los profesores de la Institución era el que no hay que basar el buen funcionamiento de una enseñanza en el poseer un costo material didáctico. El ingenio de salvar esa carencia con medios a cualquier alcance atrae al alumno a una mayor intervención, que da origen a un vital impulso y da alegría a ese hacer en común.

—*La Institución mantuvo estrechas relaciones con numerosos organismos oficiales: Museo Pedagógico, Junta para Ampliación de Estudios, etc., muy especialmente, desde el punto de vista pedagógico, con el Instituto Escuela, creado en el seno de la Junta. ¿Cuál fue específicamente esta relación? ¿Hasta qué punto el Instituto Escuela aplicaba a nivel oficial la pedagogía institucionista?*

—Pero es imposible contestar así a estas preguntas, ambiciosas de saber mucho, en pocas palabras. Rematemos.

Semilla soterrada, pero germen de vida asombroso.

Ya se han enumerado en muchos artículos tales y tales instituciones consideradas más o menos filiales de la Institución.

Pero yo querría saber expresar el que la Institución no trataba sólo de formular una pedagogía, esa surgía de su preocupación total por el hombre. El hombre que la pequeña escuela suya conformaba era uno; pero también quería encontrarse con el que ya estaba conformado de una manera afín: aquel histólogo, aquel historiador, el físico, el sociólogo, el arabista y tantos que en silencio ofrecían su haber no basado ni en oro ni en la plata.

Había que ayudarles a aumentar su potencia de ofrecer.

Así, alentada por la Institución, fundó para ellos la Junta para Ampliación de Estudios, Laboratorios e Institutos; no eran estructuras aparatosas, para después contratar hombres que las ocupasen, eran modestísimas instalaciones que les permitirían mejorar su trabajo y sentirse acogidos en un probo hacer común.

Así también, para dar acogida a aquellos adolescentes, todavía en esperanza de hombres, la Junta fundaba la Residencia de Estudiantes, donde se completasen personas «capaces de gobernar con sustantividad su propia vida».

Así se creó un Instituto para fomentar en él el espíritu de «Escuela», donde unos catedráticos no tuviesen recelo en integrarse allí como maestros, sin tarima de cátedra, sino para estar entre sus discípulos en la clase, en el juego, en la comida, en las excursiones... y de este modo conocerlos en todas sus facetas y poderlas labrar para hacerles «personas mediante el armonioso consorcio de todas sus facultades».

Hoy éstas y tantas otras cosas de éstas nos parecen incuestionables, aunque ese parecer no quiera decir que las practiquemos, pero entonces se oían por vez primera, no porque se proclamasen, sino porque con espíritu pionero se hacían en verdad.